

Una correspondencia de Borja Pavón

Recogió Menéndez y Pelayo y los libró de una segura destrucción agregándolos a su magnífica Biblioteca, gran copia de papeles manuscritos de muy diversas y extrañas procedencias. Ahora que los especialistas van encontrando aquí, todos los días, lo que para siempre creyeron perdido, vemos clarísimamente que aquel insigne Maestro sigue desde ultratumba desarrollando el pensamiento cardinal de su vida y de su obra: el estudio y reconstrucción de la historia hispana en todas sus manifestaciones.

Ha venido a parar a esta Biblioteca una curiosa colección de cartas de don Francisco de Borja Pavón, dirigidas al eminente bibliógrafo del Teatro español don Cayetano Alberto de la Barrera (1). El nombre de don Francisco de Borja y Pavón será siempre venerando en nuestra Academia, que tanto le debe, y la publicación de las noticias que puedan ilustrar estas figuras gloriosas de la casa, dulce y obligada tarea de los actuales académicos.

Don Angel María Barcia, sobrino de Borja y Pavón—gloria del Cuerpo de Archiveros—publicó en la *Revista de Archivos* en los años 1906-1907, a instancias de Menéndez Pelayo, unas curiosas traducciones de poetas latinos hechas por su tío (2). En las páginas que como prólogo redactó don Angel, hace relación a la correspondencia con Barrera en estos términos: «Tuvo por compañero en sus estudios en el Colegio de Farmacia a don Cayetano Alberto de la Barrera, con quien unido más particularmente, primero por la paridad de inclinaciones literarias y después por la de profesión, sostuvo hasta la muerte de aquél correspondencia más o menos intermitente y tardía, pero siempre íntima y cariñosa, apreciando tanto sus cartas, que en la cubierta en que las conservaba escribió: «Digna de conservarse con especial cuidado y estima». Es, en efecto, interesante, sobre todo, las cartas de los últimos años de la Barrera, y por las menudencias

(1) Las cartas de la Barrera que completan esta correspondencia, se encuentran en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, en un tomo de cartas de literatos y personas notables de la época, dirigidas a don Francisco de Borja Pavón.

(2) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Año 1906, páginas 312 y 427 del primer semestre y 275 del segundo. Año 1907, primer semestre, páginas 117 y 379.

de comadreo y chismografía de literatos, serían sabrosas para algunos. No me parece conveniente reproducirlas, porque aún vive tal cual de los cepillados en ellas, y de otros está fresca la memoria...»

Barrera, hombre tan metódico y tan ordenado como Pavón, recogió siete cartas de su amigo, las cosió con una guardas de papel de hilo y las hizo formar parte de una obra en dos volúmenes que se titula: *Noticias biográficas de D. Bartolomé José Gallardo. Catálogo de sus obras impresas. Obras varias del mismo autor conexas con los sucesos de su vida. Madrid. — Año de 1862* (3). Además puso este rótulo en la primera guarda: *Cartas de don Francisco de Borja Pavón y López a D. C. A. de la B. escritas desde 1836 a 1844, que contienen algunas especies relativas a D. B. J. Gallardo. En la segunda guarda escribió Barrera: Estas cartas del distinguido literato i Academista Cordobés D. F. de B. Pavón contienen algunas noticias de nuestro Gallardo. Pero es lo más notable de ellas el juicio que en la de 14 de noviembre de 1843 consignó acerca de los talentos, estudios, opiniones i caracter del eminente ablista i bibliógrafo. Asta que punto me allo conforme con su parecer, dedúzcalo el lector de mis adiciones biográficas propias.*

Yo he de sentir tantos o más escrúpulos que don Angel Barcia, si bien por otros motivos, para insertar íntegras estas cartas, y no es el menor el miedo de abusar de la benevolencia del BOLETÍN.

La comunicación epistolar entre los dos notables farmacéuticos, notables no por las drogas que fabricaron, sino por sus escritos, con silencios prolongados, debió durar, como dice Barcia, desde la salida del Colegio de Farmacia, hasta la muerte de Barrera. Ya el año 1836 buscaba este prolijo y pacienzudo erudito noticias de Gallardo; después de treinta años encuadernaba lujosamente su labor dándola por terminada. De ese año de 1836 hay una carta en esta colección fechada en Córdoba en 10 de Julio. También don Francisco era ferviente admirador de Gallardo por aquellas kalendas y se complace en proporcionar a don Cayetano algunos datos sobre *nuestro eminente hablista*.

En el año 1841 escribe Borja y Pavón dos cartas a Barrera, una en el mes de Julio y otra en Octubre. Trata en ellas de ilustrar a su amigo respecto a Farmacias vacantes en Córdoba y su provincia. Parece ser que el bibliógrafo incansable, por las papeletas de autores dramáticos descuidaba las píldoras, y cuando no pudo más se echó a buscar por esos mundos una botica y un mortero para sustentar la negra existencia.

Fué a dar con sus jarabes a Martos.

Muy interesante es la carta que en 13 de Junio de 1843, aniversario de la erección de la PORRA en esta ciudad y día del milagro o Sr. San Antonio, es-

(3) Ha consultado estos papeles de Barrera para su precioso estudio don Bartolomé J. Gallardo y la crítica literaria de su tiempo.—(1922), don Pedro Sáinz.

cribía don Francisco a su amigo. Gallardo estaba en Córdoba de paso para Cádiz, a donde acudía al tufillo de la Biblioteca de Bohl de Faber que decían si se vendía o no se vendía. En Córdoba se hospedó en casa de Ramírez de las Casas-Deza y visitaba con frecuencia a Pavón.

Las alabanzas que Gallardo tributa a Barrera recuerdan a Pavón que hace mucho tiempo tiene deuda epistolar con el farmacéutico de Martos. «Cuando he oído a un hombre como don Bartolomé Gallardo hablar de usted en los términos que reclaman sus merecimientos, no he podido menos de hacer participante a la amistad de un sentimiento de orgullo...» No puedo resistir la tentación de copiar estos párrafos que pintan muy a lo vivo y en caliente la mala impresión que Gallardo le ha producido durante su estancia en la ciudad. «Tenemos, pues, aquí en efecto al estéril cuanto laborioso literato, lingüista y bibliógrafo don Bartolomé Gallardo. Con él paseo frecuentemente saboreando su erudición memorista, su mordacidad picante y las muchas noticias de su curiosa vida y de la de muchos hombres notables, así de letras como de estado, que ha conocido íntimamente. Holgárame mucho de poder, departiendo fecha a fecha, comunicar a usted el juicio que he formado acerca de esta celebridad, diciéndole lo que opino sobre el fuerte y el flaco de sus estudios y talentos, de la decadencia que sus 64 años van causando a sus facultades, de sus trabajos, proyectos y esperanzas literarias, del contraste de sus opiniones y costumbres, su índole y su moralidad. Va nuestro amigo a Cádiz y se ha entretenido aquí en escudriñar la biblioteca del Cabildo eclesiástico, la informe todavía recogida de los conventos y alguna otra de la ciudad. Algo encuentra aquí; pero no lo mucho y bueno que pensaba.» Ni es para omitido en estas notas el siguiente párrafo de la misma carta. «Yo me he empeñado en restablecer una Academia que fundó el poeta Arjona, como un medio de promover al estudio y las aficiones literarias; pero me cuesta sumo trabajo el que se sostenga. Hay dos Liceos (por falta de uno): y a pesar de ser la literatura liceista de suyo fosfórica, lo que entre nosotros falta de literatura, sobra de gorgoritos.»

Ya en Noviembre del mismo año se encuentra Barrera en Pozuelo del Rey y allá le dirige Borja y Pavón una epístola interesantísima para conocer sus opiniones sobre Gallardo.

«Gallardo aún subsiste en Cádiz de vuelta de Granada. Si le he de hablar a usted con franqueza, como le tuvimos aquí algunos meses, he tenido ocasión de conocer y calcular el alcance de sus talentos y la medida de su saber. Es hombre, a mi juicio, de poco pronta comprensión, de algo escasa imaginación, y en ciertas cosas, de malos principios. No sé hasta qué punto es fuerte en su ramo predilecto de literatura. Puedo decirle que yo he sido uno de los constantes apasionados de los más leves rasgos

de su pluma (4) y que he acatado en mis primeros años esta reputación, como una de las más altas entre los literatos contemporáneos. Pues, ahora, amigo mío, ha descendido iguales grados que estaba levantado por mí, el concepto que tengo de este hombre. Usted sabe cuales son mis ideas políticas; y si bien no las profeso con fanatismo, ni estoy prendado de ellas en términos de creerlas las mejores, ni tengo entusiasmo por los que las predicán, ello es que esta circunstancia me aleja de él.

Pero le he visto en este punto desatinar miserablemente, no a juicio mío sino de los publicistas de la escuela más avanzada y de los que debieran ser sus correligionarios políticos, pues él no los tiene, ni amigos en ningún partido, y sus ideas inconexas y vulgarísimas son mas bien un baturrillo que un sistema enlazado y seguido. Hombres, ninguno hay bueno para él. El que no es un bribón redomado, es un tonto de capirote. Estremado sensualista en Psicología, es más que holbaquiano en moral y defiende cosas muy extravagantes. En ciencias políticas, históricas y naturales muestra medianos conocimientos y nada más. Su crítica es mordaz, acre, y estremada. Indulgente en demasía con los escritores antiguos, es intolerante al mismo compás con los modernos. En su conversación, que a primera vista sorprende, no se echa de ver facilidad, riqueza de recursos y el espontáneo chiste que se le ha supuesto. Caen en frecuentes e insufribles digresiones: sus gracias son rebuscadas, repetidas y de mal género: limitada la provisión de sus noticias y hasta de sus frases. Todavía yo le supongo erudito bibliógrafo y entendido lingüista, y a pesar de algunas afectaciones aún encuentro muy grato su estilo. Aquí hay quien lo haya cogido en embustes acerca de sus obras perdidas: y respecto a sus proyectos, esto no excita sino la risa. Dos personas le hemos acompañado aquí al principio y al cabo le evitábamos y eludíamos su compañía. Yo supe que me apodaba *espátula* (¡vea usted que chiste!) El otro amigo, hombre de bastante saber en ciertos ramos, que le llevó a vivir a su casa, mereció también de su maldita lengua el nombre de *Bobalias*. Desde que yo entendí estos desahogos de su grotesca maledicencia, por puro desprecio no tomé venganza de él, pero me propuse no verle aun cuando él, falso, y aislado de todos, nos buscaba, y llegó a aburrirse de hallarse solo y de no tener a quien predicar, con aire de importancia filosófica que no hay Dios, y otras cosas por el estilo, las cuales cada uno las toma según su genio, pero que al fin no tienen el mérito de la novedad. Usted verá que hablo hasta resentido de este pobre hombre. No dudo que usted con su buen talento y exacto juicio le hallaría igual, y así le aconsejo a usted que no intime demasiado con él, pues en pesquisas literarias es también más aficionado a aprovecharse de lo ajeno, que a dar lo suyo propio.

(4) Datos muy curiosos sobre la estimación que Borja Pavón sentía por Gallardo recogió don Angel Barcia en su mencionado trabajo.

Si usted estuviese en Madrid, aprovechando sus generosas ofertas, le pediría noticias biográficas de mis paisanos Pedro Díaz de Rivas y Martín de Roa y del P. Francisco Ruano: las cuales deben hallarse en la biblioteca de escritores jesuitas de Caballero.»

Vuelve al año siguiente Barrera a sentir la necesidad de buscar farmacia y vuelve su amigo don Francisco a darle noticia de posibles combinaciones para venir a Córdoba. En esta carta (22 de Febrero 1844) da curiosas y muy íntimas noticias de su apacible vida, sólo turbada por los intrigantes y políticos que le disputan a veces la Farmacia del Hospital *cual si fuese una Jefatura*. Se queja de lo descuidados que tiene sus estudios literarios; porque «ha de saber usted—dice—que como soy tan amable (crealo usted o no) a fuer de desocupado, todo el mundo me ocupa un poco. Pierdo yo un poco de tiempo; me quitan otra porción mis amigos, otra mi casa, otra el Hospital; otra los que me emplean en frioleras, y resulta de todo que la literatura me debe escasísimos afanes».

La última carta de esta colección, escrita en 12 de Mayo de 1844, merece que la transcribamos íntegra. Contiene interesantes datos para la biografía de Barrera, un elogio muy expresivo del P. Muñoz y una poesía—no me atrevo asegurar que sea inédita—de don Francisco, reveladora de su inspiración y sobre todo del cariño y entusiasmo que sentía por su tierra (5). Dice así la carta:

«Mi apreciadisimo amigo y compañero: va para un mes que recibí una de usted con los pormenores genealógicos que usted creía inoportunos. De mucha satisfacción me ha sido saber que es usted de la familia de tan insignes literatos; puesto que si la elevación de nuestros parientes casi siempre nos envanece, nunca este sentimiento de satisfacción es mayor que cuando se funda en el renombre y la gloria literaria. He oído hablar con sumo respeto de los académicos Flores, aunque no creo haber visto nada suyo, mas del señor Carvajal hace tiempo que soy apasionado. Leí sus salmos escritos ciertamente con toda la pureza castellana, con todo el candor y dulzura religiosa que a la versión de tan altos y poéticos originales cumplía y crea usted que por la sencillez suavísima de su estilo, formé idea aventajadísima de su corazón y carácter. Contribuyó sin duda a este juicio mio el superior y respetable de mi venerado amigo que lo fué mucho de Carvajal, el P. Mtro. Muñoz, Agustiniiano y Obispo electo de Salamanca y de Gerona, a quien la Santidad pontificia nunca confirmó, como adepto de Gobiernos liberales y *sapientes haeresim*.

Era este tambien hombre de muy singular mérito y aun mas por sus

(5) Los escribió para complacer a la familia Jover, que deseaba adornar con inscripciones poéticas la glorieta de la huerta de Melero. Aún se leen allí, en tarjetones colocados a modo de friso en el armazón de aquella glorieta.

dotes personales que por sus escritos, con ser estos sin embargo muy suficientes a grangearle renombre de Apologista de la religión, de filólogo y de filósofo ecléctico con sus puntas de místico, aunque sin extravagancia. Baste lo dicho, para asegurar a usted que cualquier noticias pertenecientes a la vida literaria de esos señores me serán gratas por demás, y que celebro mucho hayan sido sus allegados.

Prevenido como está usted en favor de Andalucía seguramente no la conoce. Aquí en su centro en la morisca Córdoba, y en este mes engalanado y florido, se advierte lo que este país aventaja a los otros. No hace mucho que escribí para una glorieta de una huerta-jardín de las muchas que a una legua de Córdoba son admiradas y visitadas de continuo, en la amenísima sierra, los siguientes versos. Los envío a usted como una muestra de la afición que he tenido al tan mal parado, manoseado y profanado arte de Apolo:

Vosotros los que huyendo los ruñores
y la triste inquietud de la ciudad
Aspirais a beber entre estas flores
La copa del licor de la amistad;
Contemplad en la cima de este monte
que se apresura a colorar el sol,
El más rico y espléndido horizonte
que mira en su nación el Español.
Las galas ostentosas de esta sierra
Dilatado jardín y ameno Eden
que riqueza y placer y aroma encierra
Deleite puro a vuestras almas dén.
Del naranjo vistoso desprendido
Gozad aquí del plácido azaar
y oid de los torrentes el ruido
y de pintadas aves el trinar.
Nunciad siglos de paz y de ventura
Al pueblo de Marcelo y de Almanzor,
Asentado en alfombras de verdura
Bajo lumbres de eterno resplandor.
Venid pues o recuerdos de la historia
Dulces vates que oyó Guadalquivir:
Imágen oriental de antigua gloria
con la argentada luna aquí a lucir.
Y en medio del inmenso panorama
que cubre eterno pabellón azul,
Empapaos en la esencia que derrama

El cáliz de las rosas de Estambul
Deponed los afanes matadores:
Aquí estudiad a la eternal creación;
Y enchid si sois dolientes amadores
De afecto y soledad el corazón.

Sin venir al caso le maudo a usted las coplas esas para que mi carta vaya en estilo mixto como los *vaudevilles* franceses. Consérvese usted bueno y viva con el mayor contento posible sin olvidar que siempre tiene en mí a su más apasionado amigo y condiscípulo, Francisco de B. Pavón.»

MIGUEL J. ARTIGAS

